



## Las abuelas que besaban a los forasteros

Fernando González Viñas

Llega la feria y vuelven los forasteros. Y digo vuelven porque los forasteros son como las películas de zombies, que no sabe uno a veces quienes son los vivos y quienes los que comen carne humana, especialmente las vísceras, plato gourmet para cualquier reciénmuerto que se precie. Porque los forasteros, en feria, no son los de El Viso, o los de Alcaracejos, o no sólo, también lo éramos los niños a los que los padres y madres de Villanueva del Duque nos hicieron las maletas y nos arrastraron a comer pan de centeno en Alemania en vez de las roscas del pueblo.

Como Alemania estaba muy lejos, sólo nos traían de visita en los días del verano y la Feria, normalmente en un coche que no era un seilla, pongamos por ejemplo en un Ford Escort amarillo que solía conducir un tío, en mi caso, mi tío Fernando Viñas. Hay que decir que tuvimos mucha suerte con mi tío al volante porque teníamos todas las papeletas para salirnos por un precipicio en los Pirineos o en Despeñaperros, daba igual, porque para eso mi tío no era muy exigente. Él ni entendía de mapas, ni de carreteras, ni de coches y aún me pregunto a quién sobornó en Alemania para que le dieran el carnet. En un viaje se durmió al volante y acabamos en la cuneta, en otro se nos rompió el limpiaparabrisas y mi hermano Adriano se asomaba por la ventanilla con una toalla para limpiar en lo posible el agua porque caía una tormenta de mil demonios; en otra ocasión se metió por la autopista en dirección prohibida en Francia... La cuestión era no parar. La verdad es que ahora le comprendo porque el viaje duraba como poco tres días, a lo que había que añadir la pesadez de las curvas de Cerro Muriano, Espiel y lo demás, lo que convertían el viajecito en una tortura de película de Fu-Manchú. Entiendo las ganas de mi tío por llegar lo antes posible, pero pasamos mucho miedo porque mi tío, de lo que se llama conducir –no ir por el arcén, cambiar de marchas a su tiempo, tomar las curvas adecuadamente, conocer los colores de los semáforos-, no tenía ni idea.

Total, que cuando llegaba uno al pueblo, mareado, asustado, más delgado aún, me cogía mi abuela Rogelia y me iba enseñando por la calle de la Ronda a las abuelas vecinas y ellas me zampaban dos besos y le decían “qué bien, ya están aquí los forasteros”. De milagro, les añadía yo. Menos mal que después del perti-

nente besuqueo de todas las abuelas de la calle la Ronda, siempre de negro y aún con pañuelo en la cabeza, mi abuela me daba unas galletas Napolitana de Cuétara a las que le lamía yo el azúcar para quitarme el sabor a abuela que me había dejado la calle.

Sí, nos llamaban forasteros aunque nos decían que por la pinta te he conocido. Y a pesar de ello, echo mucho de menos a todas esas abuelas, incluida mi abuela Rogelia y a mi abuelo Doroteo con sus novelas de pistoleros de Marcial Lafuente Estefanía que él leía bajo la triste bombilla que había al fresco de la calle. Echo de menos a las abuelas en sentido figurado porque ni me acuerdo de ninguna cara ni de ningún nombre, exceptuando a la de mi abuela Rogelia, claro. Espero que las demás me perdonen y cuando vaya al cementerio no me silben demasiado los cipreses.

En el fondo, lo que siempre hemos echado de menos los forasteros nativos ha sido al pueblo, a Villanueva del Duque. Seguramente, si nos hubiésemos quedado aquí, estaría envidiando al que, como es el caso de los forasteros, ha visto mundo, que se decía antiguamente. Pero como no es así, se acuerda uno del pueblo porque se acuerda uno del volver. Volver es lo que más nos gusta en este mundo. Las galletas Napolitana que me sigo comprando es volver, los tomates que huelen a tomates de las huertas del pueblo es volver; y regresar a Villanueva para el entierro de mi tío Luis o para ver los pelos colorados de mi





prima Vitorina o escuchar las noticias futbolísticas del ascenso en boca de mi primo Teo es volver. Y cuando lo hago, últimamente, siempre voy a comprar pan y morcilla, y también como lechón y me tomo un cafelito de esos que levantan a un muerto o a un zombie, precisamente me lo tomo en la cafetería que hay justo al lado de lo que fue la panadería de mi abuelo y de mi padre, que ya nunca podrá volver.

Yo que he estado allí puedo confirmarles que en Alemania las ciudades son muy grandes, la gente muy alta y que las gentes en el mundo más allá de Despeñaperros se hablan en mayúsculas para darse importancia, diciéndose yo soy de Berlín, de Londres, de París o de Tokio, que es desde donde escribo esto en un teclado que no tiene eñes y las tengo que buscar en una tecla que no es la suya. Pero esos lugares no tienen forasteros de los que vienen a que los reconozcan por la pinta; uno vuelve a Berlín y no hay ninguna abuela que te lleve a que te den besos. Y eso, se mire como se mire, es una desgracia que no salva ni el que tengan allí el busto de Nefertiti. Yo he conocido mucha gente que era de Berlín, o de Tokio, pero nunca serán tan importantes como nosotros porque en todo Tokio creo que sólo hay uno de Villanueva del Duque y podrán disfrutarme por poco tiempo porque vuelvo en septiembre. Ya me pensaré si vuelven a tener la suerte de tenerme. No, no se crean que es ninguna tontería, ser de Villanueva del Duque es como que te toque el gordo de la

lotería, somos pocos los que podemos aspirar a ello. Por eso cuando me dio por subir andando el monte Fuji, ese volcán misterico de Japón, me hice una foto en la cima con un papel que ponía "Villanueva del Duque". Si hubiese nacido en Moscú, además de leerme para desayunar a Anna Karenina con un vodka, la gente habría dicho, vaya otro ruso borracho en la cima del Fuji; pero siendo de Villanueva todo es distinto, uno puede presumir de singularidad, aunque haya sido a costa de que cuando niño me llamasen forastero y me dijiesen que la pinta no la pierdo.

En definitiva, que el pueblo, aunque voy menos de lo que me gustaría, me salva. Y esa es la causa de que la novela que he escrito, y que se supone que me publican en octubre, se desarrolla en Villanueva aunque vaya a llevar por título Esperando a Gagarin. Se llamará así porque habla de Gagarin, el primer astronauta ruso, que por cierto le daba al vodka como si fuera un noelista a punto de empezar a escribir Los hermanos Kamarazoff. Y habla de Gagarin porque a Yuri Gagarin lo enviaron al espacio allá por abril de 1961, al mismo tiempo que desaparecía misteriosamente de Villanueva del Duque mi abuelo Ruperto. A ambos los estuvieron esperando, a uno más que a otro, pero eso lo saben muchos en Villanueva del Duque y al que no lo sepa no quiero destriparle como acabó el asunto, que tuvo su misterio y está escrito hasta el detalle, incluido el final, algo que muy pocos conocen. Por cierto, cuando Gagarin aterrizó lo hizo en medio del campo, lejos de donde habían previsto los lumbreras que lo enviaron al espacio. ¿Y saben quien fue la primera persona que lo encontró? Pues sí, una abuela que andaba por allí con un pañuelo a la cabeza y acompañada de su nieto. Cosas de lo insondable de este mundo. Lo que no se sabe es si le dio dos besos o una galletita de Napolitana, porque seguro que, aunque rusa, alguna llevaría en el bolsillo por si caía un forastero. Pero volvamos al pueblo, a la novela o lo que resulte ser, porque en ella, además de Gagarin, de la perrita Laika y del Sputnik, aparecen también mis abuelos y algunos de aquellos que me esperaban en el pueblo para llamarme forastero y decirme que por la pinta me habían sacado. Menos mal que cuando uno vuelve a Villanueva del Duque, alguien, sin ser necesariamente tu prima, te saca por la pinta y hasta alguna abuela queda que te regala dos besos. Si no, ni vivir en Berlín ni vivir en Tokio merecerían la pena.

